

de Derecho Internacional privado, y luégo al doctor Elías Romero en la de Derecho penal.

Si para ser Ministro de Industrias se requieren vastos y profundos conocimientos jurídicos, probidad insospechable, entereza de carácter y ordenada actividad en el trabajo, el doctor Montalvo merece plenamente la honra que se le ha dispensado.

EL PUENTE DEL DIABLO

I

LA FERIA

Si alguna vez habéis viajado de Barcelona a Tarragona por el ferrocarril, antes de llegar a la estación de Martorell, al salir del túnel, vuestra mirada se habrá fijado en el hermoso paisaje que se os presenta, mientras atraviesa la locomotora el puente que hay sobre el Llobregat. Mirando a la derecha, aparecen a lo lejos con toda su rara belleza las altas rocas de Montserrat, y a la izquierda una montaña por la cual encarama sus casas la vetusta villa de Martorell, coronada por los restos de un viejo castillo: villa sombría y triste, sobre la que sale tarde el sol en invierno y cuyos pies baña el Llobregat de una parte, y de otra el Noya, uniéndose los dos ríos en la falda de la antigua villa cartaginesa. Pero lo que más llama la atención es lo que dejais atrás. Junto a la estación vieja de Martorell, antes de llegar al nuevo puente del ferrocarril, mirad despacio, si sois aficionados a las antigüedades, y se presentará a vuestros ojos un antiquísimo puente de construcción rara y atrevida, con un solo arco esbelto de arquitectura ojival, flanqueado en ambos lados por otros dos arcos pequeños y redondos, cuya arquitectura es diversa y de otra época, y está coronado en su entrada por un antiquísimo arco de triunfo como los que se

ven en la antigua Roma, si bien no tiene sus adornos, pues es muy anterior a los que aún hoy se admiran en la que fue capital del mundo. A muchas controversias ha dado lugar este arco, y mientras unos dicen que recuerda una célebre batalla del caudillo cartaginés Aníbal, sostienen otros que es un resto del adorno de la gran ciudad Rubricata que existió en donde hoy se levanta Martorell, y fué destruída por los cartagineses; siendo el arco en cuestión la entrada de la ciudad por el puente que ya entonces existía, muy anterior a la era cristiana. Esta ciudad dio el nombre al río, que se llamó Rubricato, y más tarde Llobregat, aunque no faltan autores que aseguran que la verdadera Rubricata fue la villa de Rubí; pero, de todos modos, Martorell existía y era importante en la España cartaginesa; y con la villa el puente, que ya por su hechura extraña y atrevida, ya por el arco que le corona o por la leyenda que hace siglos se cuenta de él, se llama desde tiempo inmemorial el *Puente del Diablo*.

Vamos a relatar la leyenda tal como la hemos oído referir desde nuestra infancia. Es la de todos los puentes del Diablo que existen, no solo en España, sino en Francia, Inglaterra, Alemania e Italia, pues todos tienen su mismo origen y su fantástica poesía, si bien la de nuestra Cataluña las supera a todas en belleza.

Hace ya siglos que a la orilla del camino (entonces no existía carretera) que conducía desde Tarrasa a Martorell y casi a la entrada del antiguo puente, había un mesón que diz que se llamaba el *Hostal de la Liebre*. A este mesón acudían los trajineros, pues entonces, a causa de los malos caminos, eran casi desconocidos los vehículos y todo el tráfico se hacía a lomo.

Era el caer de la tarde de un día de septiembre, y en el mesón se observaba mayor movimiento que en los otros días y gran afluencia de viajeros, lo que llenaba de

júbilo al mesonero Bernardo y a su esposa Coloma. Mientras aquel atendía a colocar las caballerías en el establo, su esposa se multiplicaba en todas partes, ya en la cocina, donde una criada zafia soplaba el fuego como un fuelle, ya arreglando la mesa, ya preparando camas, ya recibiendo con su eterna sonrisa a los viajeros, a quienes mostraba un rostro picaresco y bastante agraciado.

El motivo del movimiento desusado que se notaba era que el día siguiente había feria en una villa cercana, la cual podría ser la de San Saturnino, si bien la crónica lo calla, y todos los que debían tomar parte en la feria se acogían en el mesón, sorprendidos en su camino por una súbita tempestad. La Coloma se restregaba las manos de puro contenta, mientras que sus criadas degollaban toda la volatería existente en el corral, y ayudadas en su tarea por dos o tres mozos de mulas conversaban alegremente con ellos. Llovía a cántaros cuando se presentó en el mesón un hombre y pidió hospedaje para él y para sus mozos, su caballería y ganados. Bernardo se volvió a su consorte, y le dijo con tono zumbón, a la vista del viajero:

—Coloma, prepara algún pedazo de bacalao y un menbrugo de pan seco, que este viajero de seguro te ofrecerá dos maravedises por la comida y cena para él, su acompañamiento, caballo y ganado.

Y sin duda debía de ser así, pues el aspecto del viajero era de lo más ruin que darse puede.

Era un vejete mitad gitano y mitad judío, conocido por el nombre de Zacarías, tratante en ganados, de los más ricos de Cataluña, y tan avaro, que hubiera vendido su alma al diablo, si éste le hubiera ofrecido por ella seis maravedises. Bien es verdad que Satanás no quería comprar con dinero lo que esperaba con razón tener de balde.

Zacarías entró en el mesón, pero luégo salió para alo-

jar en el establo y en el corral sus caballerías y ganados. Lo cual llamó la atención de cuantos en el mesón estaban, pues lo que acompañaba a Zacarías valía un dineral; era una verdadera recua de hermosísimas mulas, soberbios animales y todas de primer pelo, españolas, ligeras, que parecían hechas a pincel, pudiendo la peor de ellas servir de cabalgadura a un arzobispo para hacer en aquellos tiempos su pastoral visita. Seguían a las mulas unas dos docenas de hermosos bueyes de labranza, pues en aquella época no comían buey en Cataluña sino la gente más baja o los extranjeros; después otras tantas vacas de cría, un numeroso rebaño de carneros y ovejas y otro de cabras y machos cabríos. El establo y el corral eran pequeños para tanto ganado.

—Por vida mía, tío Zacarías—dijo Bernardo—que habeis echado la casa por la ventana. No hay nadie en toda Cataluña, hasta más allá de Aragón, que tenga dinero para compraros todo esto.

—Y mañana se ha de vender en la feria—dijo el viejo;—pero con este tiempo todo irá mal.

—No temais—dijo la mesonera;—la villa está llena de compradores; lo sé por los que han pasado por aquí; y si mañana por la mañana os presentáis, venderéis a buen precio vuestro ganado.

—Y esta condenada lluvia—dijo airado Zacarías—no cesa nunca; pero no me detendrá. Arréglame la cena, Coloma, y después partire con mis ganados a pesar de los pesares. El diablo me lleve si al empezarse la feria no estoy en la villa.

Entonces, como para protestar el cielo contra este terrible juramento, una claridad azulada iluminó todo el mesón, y el estallido de un trueno horroroso siguió al fulgor del rayo: parecía que el firmamento había abierto sus cataratas, cayendo la lluvia a torrentes. Aquello fue un diluvio.

—El río viene grueso y el agua casi cubre el puente—decía una criada al mesonero.

Y así era, pues en aquella época el puente era más bajo y su arco central redondo como sus dos laterales. Todo el mundo subió para presenciar la crecida del río, menos Zacarías, que se arrancaba los cabellos y se daba a Barrabás.

De pronto oyóse un ruido espantoso, la casa se estremeció en sus cimientos, y el río bramó con desusada furia, pareciendo llevarse consigo el universo entero. Oyóse la voz de Coloma, que exclamaba:

—¡Santa Virgen de Montserrat! El río se ha llevado el puente.

Estremecido subió Zacarías la escalera, y acercándose a la ventana preguntó temblando a la mesonera:

—¿Qué dices, mujer? ¿va de chanza?

—El río se ha llevado el puente,—respondió Coloma.

Y le mostró con el dedo el río furioso, diciéndole:

—Mirad.

Del puente no quedaba en pie más que los dos estribos y el arco de triunfo. El arco central estaba derribado y el agua arrastraba con furia sus ruinas entre los árboles arrancados, sembrando por doquier la desolación.

II

LOS OBREROS FANTASMAS

Era de noche y todos dormían en el *Hostal de la Liebre*. Decimos mal, todos dormían menos Zacarías, que se había quedado junto al hogar medio apagado, pues no quiso tomar cama por no tener que pagarla. Oíase desde allí el ruido de la lluvia que continuaba a más y mejor, y el bramido del río, cuyas turbias aguas proseguían su destructor camino, Zacarías se daba a todos los diablos.

—Maldita de Dios amen sea esta condenada lluvia—exclamaba loco de ira.—¿Y qué hago yo de mis ga-

nados? ¿Cómo podré venderlos fuera de la feria sin perder un dineral? Satanás cargue conmigo y con toda mi raza. ¿Y cómo hacerlo? ¿A quién pedir ayuda en este trance?

Entonces oyó una voz cavernosa que contestó:

—A mí.

Miró por todos lados, pero a nadie vió: únicamente sobre la mesa se veía acurrucado un gatito negro con ojos amarillos, que era el favorito de la mesonera.

—¿Quién habla?—gritó Zacarías.

—Soy yo,—contestó la voz.

—Pues preséntate aunque seas el diablo en persona—dijo el viejo.

Entonces pareció animarse la llama del hogar, la cual subió brillante y azulada hasta la negra chimenea. La llama se dividió en dos partes, y en medio de ella apareció una figura fantástica: un hombre alto y pálido como un difunto, erizados los cabellos y de mirada fosforescente, envuelto en una capa negra, cubiertas sus delgadas y largas piernas con calzas encarnadas y su cabeza adornada con un pequeño birrete rojo, sobre el cual descollaban, a guisa de cuernos, dos plumas de cuervo. A la vista de semejante espantajo Zacarías se estremeció de terror.

—¿Qué quieres de mí?—dijo la voz cavernosa.

—¿Eres el diablo?—preguntó Zacarías?

—¿Qué te importa?—contestó la misma voz.

—Quiero—dijo Zacarías—un puente para pasar mis ganados y llegar con ellos a la feria de mañana.

—¿Es acaso posible?—dijo la voz cavernosa.

—A otro no—dijo el viejo—pero a tí sí.

—¿Que me darás en cambio del puente?

—El alma del primero que pase por él y todo mi dinero.

—Corriente—dijo la voz.—Abre la puerta y mira.

El fantasma de la capa desapareció entre las llamas del hogar, que se extinguieron lentamente.

Zacarías abrió la puerta del mesón y vio un cuadro que le hizo temblar de miedo.

El fantasma estaba junto al río con sus dos brazos en alto y la capa colgando por ambos lados, lo que le daba el aspecto de un enorme murciélago. Entonces la voz misteriosa gritó junto al río:

—Guerreros que hace siglos tenéis la tumba en el lecho del río, valientes soldados del cartaginés Aníbal: ¡salid! dejad todas vuestras tumbas cubiertas de agua, y venid conmigo a trabajar en el puente.

Entonces se vieron correr por todo el río fuegos fatuos, y pronto aparecieron en la superficie extrañas figuras; cesó la lluvia y la luna alumbró una escena capaz de aterrorizar al más valiente.

Una tropa de esqueletos, cubiertas sus cabezas con cascos y sus cuerpos con corazas, pero todo amarillo de orín, salían de sus tumbas y cargaban a sus espaldas enormes piedras que sacaban del fondo del río y las colocaban en silencio, sin percibirse el más leve rumor. Allí reinaba la muerte con su eterna quietud. Cuando una ráfaga de viento silbaba entre las rocas vecinas, parecía salir un grito del averno que repetía:

—¡Por una eternidad! ¡Para siempre!

Y luégo todo volvía a quedar en silencio, y el puente adelantaba, y los obreros fantasmas trabajaban con vertiginosa rapidez. El puente se levantaba esbelto y su arco atrevido tocaba a su fin.

Zacarías, helado de terror, creía soñar; pero tenía delante de sí al hombre murciélago con su capa negra y los fantasmas que trabajaban, trabajaban sin descanso en su imposible obra, que parecía tocar a su fin. Entonces se oyó en el corral el canto del gallo que anunciaba la próxima venida del día. La voz misteriosa dijo con acento terrible:

—Mi promesa está cumplida. Este puente durará tanto como el mundo; ahora cumple la tuya.

Y todo desapareció. El hombre de la capa y los obreros fantasmas se perdieron en el fondo del río, mientras el eco repetía entre los silbidos del viento:

—¡Por una eternidad! ¡Para siempre!

Todo quedó en silencio. El cielo estaba sereno; el río bajaba lentamente; la tempestad había cesado, pero cortaba el paisaje el más atrevido y esbelto puente. Aquello era una ilusión.

III

EL PRECIO DEL PUENTE

—¡Arriba todo el mundo!—gritó Zacarías penetrando en el establo para despertar a sus pastores y rebañados.—Vamos a la feria.

—¿Estais loco?—gritó la mesonera desde arriba; —¿quién atraviesa el río?

—Todo el mundo, mujer—dijo Zacarías que estaba del mejor humor que había experimentado en su vida y se restregaba las manos de puro gozo.

La mesonera miró por la ventana y dio un grito de espanto.

—¡Santa Coloma gloriosa!—exclamó; hay un puente nuevo. Venid—gritó fuera de sí; Bernardo, Bernardo; hay un puente nuevo.

Nadie lo quería creer, pero al verlo todos se quedaron atónitos.

—No paséis por él, que se hundirá,—gritaba Coloma;—este puente es obra del diablo.

—¡Ave María purísima!—exclamaron santiguándose las criadas,—es el puente del Diablo.

Y todos a porfía miraban desde la entrada del mesón el nuevo puente construido en una noche por encanto; mas nadie osaba atravesarlo.

—Y no es el mismo puente,—decía Bernardo:—este es más alto, mirad.

Y nadie salía de su estupor, no queriendo creer lo que veían.

Zacarías, mientras tanto, reunía su tropa. Las hermosas mulas, los bueyes, los carneros, las ovejas, las cabras y los chivos, todos salían del establo y se dirigían hacia el puente nuevo. Un mozo de mulas se encaró con su amo y le dijo:

—Si queréis pasar primero el puente hacedlo en hora buena, que ni yo, ni nadie de los que estamos aquí lo pasa, aunque nos deis más dinero que vale toda la villa; y el ganado si no se le guía se precipitará en el río.

—Necio—dijo Zacarías con picaresca sonrisa,—ni tú ni yo pasaremos primero. Aguarda.

Entró dentro y dirigiéndose hacia la mesa vio que sobre ella despertaba soñoliento el gato negro de la mesonera: cogiólo por el pescuezo, en tanto que Coloma gritaba fuera de sí:

—Volvedme mi gato, Zacarías, maldito judío,

—No lo creas,—contestó Zacarías; tú no sabes lo que ahorra este gato; después te lo diré.

Y deshaciéndose de la mesonera se dirigió hacia el puente con el gato que daba terribles maullidos y se retorció para arañar al que le tenía sujeto.

Al llegar a la entrada del puente el viejo judío se detuvo, dio un fuerte golpe al gato y lo soltó. El gato bufando atravesó el puente y desapareció. El viejo soltó una carcajada.

—Toma el alma del gato,—dijo entrando en el puente,—pues es el primero que ha atravesado el puente del Diablo, y en cuanto a mi dinero, todo lo he gastado con mis ganados y el importe del hospedaje: no me queda más que esto, Satanás; tómalo.

Y sacando de su bolsa dos miserables monedas, que podrían hoy valer dos reales, las arrojó al río, diciendo:

—Hé aquí el precio del puente.

Entonces se oyó salir del averno una voz que gritaba:

—Me has engañado, infame.

Y el viejo judío soltó la carcajada. Todo el mundo atravesó el puente, pero al clarear el día observaron con extrañeza que el ganado de Zacarías había cambiado de color. Antes eran los animales de varios colores; ahora todos eran uniformemente negros; sin embargo, Zacarías los vendió todos en la feria y volvió cargado de dinero, haciendo una ganancia nunca vista, pues con la lluvia muchos vendedores no comparecieron y él fue el único de la feria. Al regresar al mesón, Coloma le pidió el gato, diciendo que en vano lo había buscado en las cercanías, pues nadie lo había visto; pero él la tranquilizó regalándole una falda de grana que le había comprado en la feria, lo cual maravilló tanto a la joven mesonera, que contaba a todo el mundo esta prueba de liberalidad del avaro. Este decía para sus adentros: « Mi alma por poco que valga siempre vale más que un gato negro y una falda de lana »; y se añade que desde entonces Zacarías dejó su trabajo y fue un buen cristiano y un santo varón.

Han pasado siglos. El *Hostal de la Liebre* ha desaparecido y ni aún sus cimientos se encuentran.

En el pasado siglo se construyó la carretera real que pasa por la izquierda; en el presente se ha construido también el ferrocarril de Tarragona a Barcelona y Francia, que pasa por la derecha; pero entre estas dos obras de dos siglos diferentes se levanta aún hoy con toda su esbeltez el antiguo y fantástico *puente del Diablo*.

FRANCISCO DE P. CAPELLA

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico